



Un viaje al interior

Yael Unger

Actriz y profesora del
Teatro Escuela Imagen

Conocí a Jenny Masterson hace cerca de trece años. Fue la primera vez que leímos las cartas, Gustavo y yo. También leímos la otra mitad del libro, una cantidad enorme de interpretaciones acerca del comportamiento de Jenny. A mí personalmente me pareció un ser (aún no era un personaje, ni remotamente, no por lo menos para mí), me pareció, repito, un ser cautivante: inteligente, rebelde, valiente, sensible, pero, a la vez, espantoso: manipuladora, egoísta, ciega, desquiciada. La visión que uno puede tener de un ser a través de la lectura. Y también del contacto directo. Un juicio.

Muchos años después, no precisamente frente al pelotón de fusilamiento sino frente al hecho de tener una casa nuestra donde funcionar con el Teatro y con la Escuela (anhelo largamente soñado), Gustavo, a quien la idea de trabajar el material le había estado rondando desde la primera lectura, pensó que era el momento oportuno y me propuso trabajar con las cartas. Digo me propuso porque a esas alturas él y yo éramos el Teatro Imagen. Como teatro habíamos permanecido inactivos durante un

largo período (no hay que tenerle miedo a las supuestas "inactividades": son tremendamente enriquecedoras y te permiten un espacio para crear) y ahora trabajaríamos en nuestra propia casa con los jóvenes actores egresados de nuestra propia Escuela. El panorama resultaba atractivo.

Así es que tomé nuevamente las cartas. La primera, la segunda, la tercera...no. No podía seguir leyéndolas y manteniendo un juicio crítico acerca de Jenny. No si la iba a encarnar. Así es que abandoné el juicio, el prejuicio y todas las etiquetas a las que se está acostumbrado a recurrir porque a uno le parece que con ellas se camina más seguro; me salté las múltiples interpretaciones de los siquiátras y me zambullí en las cartas como si fueran una piscina. Y como si las hubiese escrito yo. Y cuando hablo de elemento líquido no es casual, entre otras cosas porque todo me empezó a fluir y porque, de ahí para adelante, no paré de llorar. No entendía muy bien por qué, pero es como si hubiese tocado algo dentro de mí, algo extremadamente sensible y que me conectaba directamente con la Jenny.

Trabajamos un largo período. Deliciosamente. Sin presiones. Sin angustias de arriendos por pagar, sin tiempo. Sin ponernos límites. Pero duro. Gustavo nos pedía innumerables ejercicios de acercamiento sensible. A los personajes, a las situaciones. Muchos de ellos permanecen en la obra. Otros andan por ahí revoloteando. Nos instalamos largas horas en la Biblioteca Nacional recopilando datos de la época. (Algunos copiándolos a mano, otros clandestinamente con una grabadora: nos reímos mucho escuchando a Fernando susurrar la lectura de avisos comerciales y precios de artículos publicados en revistas del año 27). Se nos exigió un trabajo exhaustivo de voz, de canto, de expresión corporal. Tomamos clases de tango los tres, la Elvira, Fernando y yo. Una vez que decidimos estrenar en el lugar en el que estábamos ensayando, que es la salita que ahora se conoce como Teatro Imagen (estamos por construir la grande, atrás, en el patio, ¡paciencia!), se nos exigió una precisión de relojería y un trabajo actoral cercano a lo cinematográfico, debido a la cercanía extrema del público. Esto significó, entre otras cosas, una concentración absoluta, una profunda verdad y una permanente comunicación entre nosotros cuatro durante cada segundo de la hora y diez minutos que dura el espectáculo.

Mientras la obra se iba armando como un rompecabezas y se agregaban objetos y sonidos al carrito de Luciano, y mientras los tres personajes iban creciendo y pasando a través de nosotros y amándose y odiando, y mientras se afinaba una abstracción y se desechaba otra o alguno de nosotros llegaba con una nueva proposición, aparecía Gustavo desde su oficina (lo habíamos oído teclear su vieja Remington mientras escuchaba antiguas melodías en una "victrola") y nos pasaba un papelito que no alcanzábamos a leer antes del ensayo, así es que en la parte pertinente había que sacarlo del bolsillo o de la manga (como los magos) y descifrarlo, y entre descifrar las tachaduras y dónde iba un punto o una coma, el sentido y la poesía de lo que estabas leyendo, se te aparecía tan hermoso y te agarraba tan de improviso que no podías seguir porque se te hacía un nudo en la garganta no sólo a ti sino a todos los que estaban en la sala (incluyendo a Gustavo, estoy segura). Así se fue gestando esta criatura: con

delicadeza, con esmero, pero, por sobre todo, con amor. Con infinito amor.

Y llegó la hora de compartir con otra gente lo que habíamos creado. Amigos, colegas y alumnos fueron invitados a presenciar unas "pasadas". Luego un diálogo. No es la primera vez que lo hacemos. Más bien ha pasado a formar parte de nuestro método. El material aún se está trabajando y las sugerencias y aportes se estudian y algunos se incluyen. Cuando la obra estuvo lista, Gustavo no quiso que se estrenara en forma oficial aún, así es que organizamos en nuestra salita innumerables funciones para mujeres pobladoras de diferentes regiones de Santiago. Después nos quedábamos conversando, intercambiando opiniones. Fueron funciones maravillosas porque ellas son un público maravilloso, abiertas, receptivas, sin prejuicios. Algunas de ellas iban al teatro por primera vez.

Luego la Elvira se nos fue a la Católica y llegó la Carmen Gloria. Partimos a Paraguay y recién a la vuelta la obra vio la luz oficialmente en Chile. Para Septiembre estábamos invitados a Manizales. Volvió la Elvira y a Kevin lo tomó Gonzalo. En Octubre, al Viejo Mundo: estuvimos en Cádiz, El Escorial, Madrid, Santiago de Compostela. Para 1990 también nos esperan otras tierras.

Llevo 21 años haciendo teatro. Para mí, ésta es una experiencia única. Hermosísima. En la medida de mis posibilidades, he intentado convertirme en ese instrumento del que nos hablaban nuestros maestros, en un vehículo por donde Jenny Masterson y otras Jennies que uno ha conocido por ahí transiten libremente. Así es que mi mayor esmero es el cuidado y pulido de ese instrumento: la voz, el cuerpo... y el alma.

"Cartas de Jenny": G. Meza y Y. Unger (Foto: C. Figueroa).

